

El futuro de las universidades

CATALINA URIBE



EN UNA RECIENTE ENTREVISTA, DAN Levy, profesor de políticas públicas de la Universidad de Harvard, auguró el fin de muchas universidades. Según Levy, las pocas universidades que seguirán funcionando serán las que se repiensen a sí mismas en la sociedad digital. Ya no tendrá sentido que haya profesores dando la misma clase. Por el contrario, habrá un profesor de referencia que le llegará a estudiantes alrededor del mundo haciendo uso de las nuevas tecnologías.

universidades únicamente como transmisoras de conocimientos, y no como formadoras de ciudadanos, la entrevista da para pensar en el futuro de la educación superior, más aún cuando la moda de ciertos políticos es reducir el presupuesto destinado a investigación y formación.

Es una realidad que la educación está cambiando. Las nuevas tecnologías están simplificando la vida de muchos, así como democratizando el acceso al conocimiento. Sin embargo, estas herramientas digitales deben ir acompañadas de cambios en las prácticas y actitudes frente a la educación.

Durante años hemos estado acostumbrados a una especie de listas de control que nos dan los criterios para evaluar si alguien está lo suficientemente educado para desempeñarse en una profesión. De ahí salen las pla-

neaciones arbitrarias de currículos que culminan en diplomas supuestamente eternos que permanecen a pesar de la rapidez con la que cambia el mundo. Oímos más veces la pregunta: ¿por qué siguió estudiando?, en vez de: ¿por qué no se ha actualizado?

Pero tanto universidades como estudiantes deben entender que el profesional de hoy es el estudiante del futuro. Un profesional que debe actualizarse no solo en contenidos, sino en habilidades que le otorguen la capacidad para reevaluar y pensar el mundo en su respectivo tiempo. Los ojos que leyeron cierto conocimiento a los 20 años leerán el mismo texto con madurez y experiencia a los 50. Así, aunque la esencia de las universidades permanecerá, estas posiblemente tendrán un enfoque más personalizado, adaptándose a experiencias y contextos particulares.

Misiles

JOSÉ FERNANDO ISAZA



EL PAÍS MÁS AISLADO DEL MUNDO, Corea del Norte, además es una dictadura hereditaria. Su actual jefe de gobierno, Kim Jong-un, comparte con su padre y su abuelo ser gobernantes vitalicios. No es fácil conocer cómo es en realidad la vida en Corea del Norte. No debe ser tan terrible como la muestra la propaganda de sus enemigos, ni tan feliz y bucólica como la presenta el gobierno. Un documental, *El juego de la propaganda* (2015), muestra una visión algo equilibrada. Su realizador, el español Álvaro Longoria, tuvo que estar siempre acompañado de un coterráneo suyo alto oficial del ejército norcoreano. Los empleados gubernamentales justifican el programa nuclear como la única forma de defenderse contra una agresión de EE. UU. o sus aliados.

La vida allí tiene aspectos muy desagradables, parece una visión del ideal de la sociedad que plantea el Centro Democrático (CD). El culto a la personalidad del líder Kim evoca la idea de los áulicos del CD con su líder.

Perogrullo diría que es mejor que no haya en el mundo armamento nuclear, pero lo hay; de acuerdo con el *Bulletin of the atomic scientists*, hay 15.000 cabezas nucleares en 14 países, y de estas, 1.800 están listas para ser utilizadas con corto aviso. Del total, el 93 % está en Rusia y Estados Unidos, Pakistán tiene 130 y Corea del Norte, 20 ojivas nucleares.

Durante el período 1945-1992 (año en que EE. UU. suspendió los ensayos), Rusia realizó 715 ensayos nucleares; EE. UU., 1.054; China, 45. Muchos de ellos en la atmósfera, arrojando residuos radiactivos. Corea ha realizado seis ensayos, todos bajo tierra.

El único país en la historia que ha lanzado ataques nucleares contra población civil ha sido Estados Unidos: dos bombas atómicas.

Es un alto riesgo que un dictador tenga el poder de desencadenar un holocausto nuclear, pero es igualmente grave que un gobierno democrático lo haga. Se considera que el mayor riesgo no es Kim, sino Trump, Kim sabe muy bien que la respuesta a un ataque nuclear inicial sería la destrucción de su régimen y su país.

La historia señala que Corea del Norte no ha invadido países vecinos, la guerra de Corea en los 50 fue un enfrentamiento chino-ruso contra EE.UU. y sus aliados. Por el contrario, ha sido invadida por Japón en los siglos XIX y XX y sus habitantes llevados al país invasor como trabajadores forzados; aún hoy, después de cinco generaciones, sus descendientes no tienen en Japón los derechos de nacionalidad.

Las democracias europeas consolidadas no tienen un "seguro" que impida que un fanático llegue al poder. El caso de Francia es interesante, un personaje como Marine Le Pen puede ganar y si comparte su odio racial puede hacerle pensar: ¿por qué no impedir la inmigración atacando los países norafricanos? Para eso está el arsenal nuclear.

Los misiles que envía Corea del Norte no están cargados con ojivas nucleares, los envía para demostrar que pueden alcanzar Japón y la base americana de Guam. Afortunadamente, pasarán algunos años para que dispongan de la tecnología que les permita alcanzar la costa oeste de Norteamérica. El mayor riesgo de un ataque "preventivo" por parte de EE. UU. sería la destrucción de Seúl y buena parte del Corea del Sur por reacción del gobierno de Pyongyang.

Los gobiernos de Japón y Corea del Sur han estado negociando con Trump para que antes de cualquier operación de guerra contra Corea del Norte, esta sea aprobada por ellos, ya que llevarían la peor parte en una demencial guerra.

Osuna



Las uvas están verdes

Morronguez

BRIGITTE LG BAPTISTE



EMPIEZO CON UNA PALABRA INEXISTENTE, derivada del adjetivo "morrongo", un colombianismo que denota pereza y, más recientemente, pereza mal intencionada: la lentitud que se ejerce para sabotear a los demás, cada vez más utilizada como arma de egopolítica. Si los demás no hacen lo que yo quiero, así sean mis superiores, así configuren y correspondan a acuerdos colectivos, así lo hayamos acordado públicamente, morrongueo.

Morronguea quien deja un expediente bajo una montaña de papeles para que caduque un pleito, morronguea quien ofrece ayuda y luego desaparece, morronguea quien usa las redes sociales y la comunicación para enturbiar el agua de las decisiones de las mayorías, morronguea quien espera pacientemente a que cambie el jefe a mi conveniencia. En las instituciones los funcionarios que se apoderan de un cargo intermedio son los reyes o reinas del mo-

rrongueo, pues pasan de un régimen a otro sin dejar que se solucione nada: el fracaso de grandes proyectos e innovaciones acaba diluido en la resbalosa responsabilidad de quien, no queriendo la cosa, no respeta la jerarquía ni las competencias y no firma a tiempo, no contesta un correo, se escabulle entre los reglamentos. Hábitos infames y cochinos de la estabilidad institucional...

Si yo morrongueo, tú morrongueas, todos nos saboteamos, no hay bien colectivo posible. Y pareciera que hubiese paz, pues el morrongeo no necesita más arma que ser ladino, decir que sí y hacer su voluntad y luego justificarla en la embriaguez como un triunfo de su autonomía y la sabiduría personal. La ciencia y la política completa van directo a la caneca del morrongueante, quien se regocija en su micropoder y paga otra ronda de cerveza para celebrarlo. Hay toda una antropología pendiente de esta patología social, instalada sobre todo en las empresas públicas, los ministerios, los juzgados, pero en modo alguno exclusiva ni endémica dentro de ellos: basta mirar los rostros de dirigentes o líderes sociales cansados de pelear contra esos molinos de viento que se reproducen en todas las instituciones

como un cáncer benévolo, pero incapacitante e igualmente letal.

Curar la morronguez requiere terapias sistémicas, costosas y desgastantes porque no solo se ejerce desde el personalismo, sino en complicidades múltiples que incluyen acosos, chantajes, discriminación, chismes y otras malas prácticas laborales. Al final, solo se puede reducir su efecto, nunca eliminarlo. Tal vez incluso habría que reconocer que cierta lentitud, así sea de mala leche, protege contra los efectos de las pasiones: las revoluciones también traen su cuota de desdicha...

Con el firme propósito de contribuir con el debate público y no ser calificada como agente de este terrible mal, es que acepto la gentil invitación de Fidel para escribir cada 15 días en este diario, con todo el afecto que representa haber pasado muchas navidades y años nuevos de infancia en casa de los Cano, haber sufrido las malas conexiones eléctricas de Fidelena, haber corrido por los pasillos de la rotativa del viejo Espectador de la mano de mis papás y por sentir más de cerca la catalanidad de Ana María y Toña, quienes siempre serán un inmenso referente de cariño. A todos, mil gracias.